

EL PRIMER GABINETE DE HISTORIA NATURAL DE MÉXICO Y EL RECONOCIMIENTO DEL NOROESTE NOVOHISPANO

José Luis MALDONADO POLO

Introducción

Con la entrada de la dinastía borbónica y el pensamiento racionalista europeo, España y las colonias ultramarinas van a experimentar una serie de transformaciones que incidirán en todos los ámbitos de la vida política, económica y social del decadente imperio español.

El nuevo estilo, a través de una política de reformas, fue impulsado por minorías selectas: Feijoo, Ensenada, Carvajal, Grimaldi, Floridablanca, Campomanes, Jovellanos, Aranda, etcétera. Sus esfuerzos se dirigieron fundamentalmente a conseguir mayor eficacia en la Hacienda, el comercio y en la administración. Además estos representantes del nuevo estilo político fueron fervientes partidarios del libre comercio, del estímulo y fomento de la agricultura y la industria, de la educación y la cultura.

En el ámbito de la ciencia se puso un especial énfasis en descifrar los secretos de la historia natural y al igual que en Europa se crearon Sociedades de Historia Natural, Gabinetes, Academias, Jardines Botánicos, etcétera, que sirvieron para consolidar la estructura del conocimiento biológico.¹ El cambio en el espíritu científico, el interés por las ciencias básicas, con la observación y la experimentación como método en el estudio de los fenómenos naturales, permitió la realización de grandes expediciones ultramarinas, siguiendo la tradición europea de Anson, Bouganville, La Condamine, Cook, Byron, etcétera.²

¹ Para las relaciones hispano-americanas en el siglo XVIII, pueden verse: Anes, Gonzalo, *Economía e Ilustración en la España del siglo XVIII*, Madrid, 1969, y Artola, Miguel, "América en el pensamiento español del siglo XVIII", en *Revista de Indias*, 29 (115-118), 1969, p. 51-79.

² Sobre expediciones botánicas a Ultramar existe una amplia serie de obras, de las que extraemos: Calatayud Arinero, María Angeles, *Catálogo de expediciones y viajes científicos españoles. Siglos XVIII y XIX*, Madrid, 1984; Steele, R. A., *Flores para el Rey. La expedición de Ruiz y Pavón y la flora del Perú*, Madrid, 1982; Pérez, María Esther, "La Real Botica y las expediciones americanas", en *Boletín de la Sociedad Española de Historia de la Farmacia*, Madrid, 1984, 34 (140), p. 225-245; Arias Divito, Juan Carlos, *Las expediciones científicas durante el siglo XVIII*.

Instituciones ligadas a la Corona como las Secretarías de Estado, de Indias y Marina, la Real Botica, el Real Gabinete de Historia Natural y especialmente el Real Jardín Botánico, impulsaron de manera decisiva estos proyectos gubernamentales.

A las relaciones geográficas del siglo XVIII (1743) y sus cuestionarios sobre la realidad demográfica, social, económica y cultural, siguieron otros informes, descripciones de los intendentes y visitas de virreyes y obispos que aumentaron de manera más fidedigna el caudal de conocimiento que el Consejo de Indias y las autoridades provinciales tuvieron respecto a la realidad colonial.

A estos logros se añadieron los resultados obtenidos por las expediciones científicas. Estas provocaron cambios sustanciales en las relaciones de la metrópoli con las colonias, de tal manera que al expolio de las riquezas naturales que había sido la dinámica histórica desde la conquista siguió un interés por la realización de inventarios, descripciones y acopios de materiales "exóticos", cuya utilidad sirviera de manera determinante para el fortalecimiento de la maltrecha economía peninsular.

La Expedición Botánica a Nueva España (1787-1803), la más larga de las llevadas a cabo por la metrópoli, se originó como una ampliación de la realizada por el protomédico de Felipe II, Francisco Hernández, en el siglo XVI con el objeto de recolectar y estudiar las plantas medicinales de México.

En agosto de 1785, el médico aragonés Martín de Sessé, comisionado por entonces como correspondiente del Real Jardín Botánico de Madrid en México, propuso a la Corte la organización de una Expedición Botánica a Nueva España junto a la creación de una cátedra de botánica con su correspondiente Jardín Botánico, donde se impartiera la docencia de botánica, medicina y farmacia. Esto serviría entre otras cosas para la reforma sanitaria, tan necesaria en ese virreinato con el fin de desterrar de la práctica médica costumbres arcaicas, así como los lastres corporativistas y burocráticos del Protomedicato, siguiendo el modelo ilustrado puesto en marcha en la metrópoli.

El planteamiento coincidía plenamente con las directrices marcadas por el primer catedrático de botánica del Jardín madrileño, Casimiro Gómez Ortega, quien, a través de su gran amistad con el secretario de Estado, Floridablanca, y el ministro de Indias, José de Gálvez, obtuvo

Expedición de Nueva España, Madrid, 1968. Para esta última es interesante el catálogo de la exposición celebrada en el Jardín Botánico de Madrid que contiene una muy exhaustiva información sobre muchos de los aspectos más relevantes de esta expedición: *La Real Expedición Botánica a Nueva España, 1787-1803*, Madrid, 1987.

la aprobación real para organizar la Expedición y la creación de la cátedra de botánica, según Real Orden de octubre de 1786. A partir de ese momento, comenzaron los preparativos, se confeccionaron reglamentos, normas e instrucciones para solucionar los aspectos legales, técnicos y científicos.

El componente humano que realizaría el proyecto, elegido meticulosamente por Gómez Ortega de entre sus discípulos más sobresalientes, lo integraron el propio Sessé, como director de la Expedición, los farmacéuticos Vicente Cervantes, Juan del Castillo y Jaime Senseve, y el cirujano José Longinos Martínez. A este plantel inicial integrado por peninsulares se agregarían, como era habitual, los dibujantes que en este caso fueron los artistas novohispanos Atanasio Echeverría y Vicente de la Cerda, ambos alumnos de la Academia de San Carlos de la capital virreinal.

La actividad investigadora y profesional, junto a su acción institucional, desplegada por los expedicionarios se tradujo en gran cantidad de aportaciones al mundo de la ciencia y de la cultura, siempre en contacto con los círculos más progresistas de la realidad novohispana.

Recogieron numerosas plantas, semillas, aves y minerales, la mayoría por duplicado, los cuales, una vez inventariados y clasificados en la ciudad de México, servirían para las clases que Cervantes impartía en esa ciudad, en tanto que los otros se enviarían a la Península para enriquecer el Jardín Botánico y el Gabinete de Historia Natural de Madrid. Además, fundaron el Jardín Botánico de México, los Gabinetes de Historia Natural de México y de Guatemala, las cátedras mexicanas de botánica, de farmacia, de química y el laboratorio del Hospital de San Andrés.

Formaron importantes núcleos de intelectuales criollos, los cuales, imbuidos por el más puro estilo de la Ilustración, actuaron de catalizador en los acontecimientos que se avecinaron en el proceso de emancipación americana. Los novohispanos José Dionisio Larrategui, Julián Cervantes, Pablo de la Llave y Luis Montaña, y los guatemaltecos Antonio de Larrave y Pascal Ortiz de Letona son buenos ejemplos de ello. Mientras Cervantes se hacía cargo de la cátedra de botánica y del Jardín, Sessé, director de este último establecimiento, junto con Senseve y Longinos iniciaron durante los dos primeros años de Expedición pequeñas excursiones de entrenamiento y reconocimiento por el Valle de México, recorriendo bosques y ríos de San Angel, el Desierto de los Carmelitas, Yecapixtla y Xochitlán.

A partir de 1789 se incorporaron Castillo y los dibujantes para iniciar la segunda expedición hasta la costa del Pacífico. Recorrieron

Cuernavaca, Tepetlapa, Xonecatla, cruzaron el río Balsas, el Cañón del Zopilote, Chilpancingo y Xaltianguis hasta llegar a Acapulco.

Después de su retorno a la ciudad de México comenzó la nueva fase exploratoria por los territorios noroccidentales de Nueva España. A Sessé, Castillo, Echeverría y De la Cerda se les incorporaron en esta tercera campaña los criollos José Mariano Mociño y José María Maldonado, discípulos aventajados de Cervantes en el recién creado Jardín mexicano; el primero de ellos, sobre todo, se consolidó como el elemento fundamental e imprescindible en el futuro de la Expedición.

El reestructurado grupo expedicionario inició su actividad exploratoria en mayo de 1790 con rumbo hacia Michoacán y Sonora sin la concurrencia de Longinos y Senseve; el primero por sus continuos problemas con Sessé, motivados por diferencias en los enfoques que ambos tenían respecto a la forma de conducir la Expedición y el excesivo celo profesional del polémico Longinos que, dado su fuerte carácter, siempre mostró respecto a su propio cometido, y el segundo por el riesgo que suponía, para la buena marcha de la comisión, su frágil memoria. Sin embargo, se dedicaron en la capital a la organización del primer Gabinete de Historia Natural de América, como tendremos ocasión de relatar.

A José Longinos Martínez Garrido, naturalista español de la segunda mitad del siglo XVIII, se deben las primeras exploraciones científicas que bajo los auspicios de los Borbones se dirigieron a los territorios de California, Nuevo México y Guatemala. Poco se sabe de la vida de este oscuro personaje de la Ilustración cuya trayectoria ha sido poco estudiada, aunque su participación en la Expedición Botánica de Nueva España fue notable. A partir del momento en que se incorporó a ésta, sus trabajos, actividades y su vida estuvieron ligados hasta su muerte a la propia dinámica de la misma.

El Gabinete de Historia Natural

Antes de que Sessé y el resto de sus compañeros emprendieran la expedición por las extensas regiones del norte y oeste del virreinato, que les iba a tener ocupados largo tiempo fuera de la capital, el director recurrió al virrey Revillagigedo para hacerle partícipe de los problemas de insubordinación que tenía con Longinos, desde hacía más de un año, sin poder rectificar esta conducta. A los problemas de índole temperamental entre ambos se añadieron el generado por la negativa del naturalista de proporcionarle los resultados de sus investigaciones y también la de no querer incorporarse al grupo expedicionario que se encontraba listo para su próxima salida.

Longinos argumentaba sobre este particular que no era necesario que les acompañase en sus exploraciones pues sus tareas como zoólogo y mineralogista eran independientes de las propias de los botánicos y requerían otra metodología en los trabajos de campo. La suya, como es bien sabido, debía tener presente que los lugares de estudio y las estaciones debían estar acordes con la biología de las especies a investigar y todo ello en solitario, o como mucho en compañía de algún ayudante. Para justificar estas consideraciones no dudó en recurrir a los trabajos desarrollados por los expedicionarios del Perú, en los que los dos botánicos y el naturalista de la expedición realizaron sus trabajos de campo de manera independiente, pues para un zoólogo que trata de localizar animales, la soledad y el sigilo eran condiciones imprescindibles.

También se quejaba de la actitud despótica de Sessé quien había dispuesto la plantilla con los integrantes de la actual excursión sin contar con él y no haberle proporcionado el que alguno de ellos fuera su ayudante o discípulo, como según su opinión expresaban las Instrucciones que ordenaban que las decisiones que se adoptaran debían ser tomadas colectivamente.³

Además, en ese momento, Longinos continuaba con recaídas de la enfermedad que había contraído en su primera salida de la capital, lo que de nuevo justificó mediante otro certificado médico que le extendió el cirujano del segundo batallón del regimiento de infantería de México, Joaquín Alonso Ablanado, que le diagnosticó “tercias dobles”.⁴

Así pues, en este estado de cosas, Longinos permaneció en la capital dedicándose a resolver las diferencias surgidas entre él y el director de la Expedición, a la vez que emprendió la tarea de establecer un Museo de Historia Natural, según tenía previsto desde su llegada a Nueva España. Este museo lo formó a sus expensas, sin necesitar auxilios económicos del erario público, con la intención de ofrecer un lugar de instrucción a las gentes del virreinato y facilitar el acopio de las enormes producciones naturales exóticas que existían en estas tierras, de modo que en poco tiempo el nuevo centro científico pudiera gozar de la misma fama que el existente en Madrid.

Durante el siglo XVIII la clasificación sistemática exigía la recolección y conservación de los ejemplares de estudio y las colecciones pri-

³ Carta de Sessé a Revillagigedo, México, 6 de abril de 1790; Representación de Longinos al virrey, México, 23 de mayo de 1790: Archivo General de la Nación (en adelante, AGN) *Historia*, 527, exp. 14.

⁴ Certificado médico de Joaquín Alonso Ablanado, México, 24 de mayo de 1790, AGN, *Historia* 527, exp.14

vadas de especímenes y objetos naturales fueron muy numerosas. La afición por las conchas, muy marcada en Francia y Alemania, alcanzó su punto álgido en Holanda.

Muchas colecciones de historia natural formaron parte de los famosos gabinetes de Buffon, Reamur, Caylus, Geoffrey, etcétera, en Francia; el de Sloan en Inglaterra; los de Lefrancq de Berkhey y Ruych, en Holanda; el de Paul Herman en Alemania; el de Gasnieri en Suiza; los del conde de Moncilly, Aldrovandi y Caspi en Italia.⁵ El gabinete de P. Layonet, con más de 7 000 piezas, era en 1762 la colección más completa constituida hasta entonces. En París, Reamur organizó en su casa un museo abierto al público cuyas colecciones superaron en importancia las del gabinete del Jardín del Rey, particularmente en lo que se refería a los pájaros, ya que sus corresponsales le enviaban especies de todas las partes del globo. Reamur se preocupó por mejorar las técnicas de conservación de los animales y dejó varias instrucciones sobre organización de gabinetes de historia natural, dejando su colección particular a la Academia de Ciencias de París, de donde más tarde pasó al Jardín del Rey.⁶

El proyecto de formación en España de un Gabinete de Historia Natural como los privados y públicos de Francia, Inglaterra, Suecia, Italia, etcétera, fue obra del marino Antonio de Ulloa, quien expuso su idea al rey Fernando VI, en 1752. Le señaló la necesidad de fomentar los estudios de mineralogía, botánica y zoología. Se hizo venir al año siguiente al irlandés Guillermo Bowles y a los alemanes Andrés y Juan Keterlin, junto al francés Agustín de la Planche, para que lo organizaran de acuerdo con los modelos europeos que éstos conocían. Recorrieron diversas regiones españolas y otras del extranjero, adquiriendo materiales para su establecimiento.

Ulloa se puso al frente de él, pero diversas causas frustraron este primer intento de formación del Gabinete. No fue sino hasta el reinado de Carlos III cuando se le presentó a este monarca la ocasión de adquirir un material muy abundante y valioso que sirviera de base para fundar un museo. Pertenecía al comerciante ecuatoriano, Pedro Franco Dávila, quien vivía en París y era muy aficionado a las ciencias naturales, que en 1767 se vio obligado a vender esos materiales que poseía, resultantes de 22 años de coleccionismo.

El rey, el 17 de octubre de 1771, resolvió comprarlos y nombrar a Dávila director del Gabinete, quien lo organizó de acuerdo con los cri-

⁵ Calatayud, María Angeles, *Pedro Franco Dávila y el Real Gabinete de Historia Natural*, Madrid, 1988, p. 38.

⁶ Taton, René, *Historia General de las Ciencias*, v. II, Barcelona, 1972, p. 715 y 716.

terios imperantes en Europa en este tipo de instituciones científicas. La base del museo lo constituían las colecciones de los tres reinos naturales, más algunos objetos de arte y la correspondiente biblioteca.⁷

Siguiendo estas directrices, que sirvieron para crear el museo madrileño, Longinos comenzó la formación del gabinete mexicano, con las piezas traídas por él de la misma metrópoli, a las que se sumaron algunas colecciones adquiridas en la ciudad de México, procedentes de donaciones de las personas interesadas y aficionadas a la historia natural, agregando las que fue recogiendo él mismo en sus expediciones.

Todo el conjunto de materiales fue meticulosamente preparado y ordenado y el museo quedó listo para su inauguración. La apertura fue recogida por la *Gaceta de México* del 27 de abril de 1790 y por la *Gaceta de Madrid* del 10 de septiembre de ese mismo año y en ellas se especifica que el gabinete se abrió en una de las casas del Estado, en la calle de los Plateros, número 189, en obsequio de la exaltación al trono de Carlos IV.

Todas las producciones naturales se colocaron con sus respectivos rótulos, en los que a modo de catálogo sistemático se especificaban la clase, orden, género, especie y variedad de cada ejemplar, así como el uso que algunos tenían en la medicina, industria y economía y se señalaba en otros sus posibles aplicaciones; también figuraba el hábitat y la localidad donde se encontraron y los nombres autóctonos.

Se nota en esta minuciosa distribución, pese a lo reducido de su tamaño, que la detallada organización radicaba en el afán didáctico que caracterizaba al naturalista y su interés para que el centro sirviera para la actualización y comprensión de los principios sistemáticos de Linneo. Para este fin dispuso, a modo de ejemplo, tres árboles en orden cronológico correspondientes a los tres reinos de la naturaleza, conformes con el *Sistema Naturae* del sueco.

Se encontraba en el museo el molusco testáceo “estalacta”, que el zoólogo había encontrado en Veracruz, la “plata cornea”, un mineral desconocido por los mexicanos y como ejemplo de su riqueza, antes de que Longinos saliera para las costas del Pacífico al año siguiente, el Gabinete contaba sólo en el reino mineral con más de 800 piezas. Los ejemplares se encontraban distribuidos en el orden indicado, en 24 estantes repartidos en tres cuerpos de vara y media de altura, adornados con motivos alusivos a los tres reinos de la naturaleza y numerosos cajones; el primero de los estantes servía como biblioteca, con libros de historia natural, química, física, matemáticas y medicina, mientras los

⁷ Barreiro, Agustín J., *El Museo Nacional de Ciencias Naturales (1771-1935)*, Aranjuez, Madrid, 1992, p. 62.

tres últimos contenían piezas de anatomía, naturales y de cera, procedentes del Real Colegio de Cirugía de Madrid y también máquinas e instrumental de investigación como microscopios, aparatos ópticos, cámara oscura, máquina eléctrica, piedras de imán, prismas, barómetros, termómetros y matraces, entre otros.

Para que el funcionamiento del gabinete fuera más eficiente, Longinos se encargaría de satisfacer las dudas y consultas del público visitante y dispuso asimismo que, en caso de tener que ausentarse por las obligaciones de su comisión, el encargado del gabinete sería su amigo y colaborador Mariano Aznares.⁸

El gran éxito alcanzado por Longinos con esta inauguración debió enervar los ánimos de Sessé, pues éste afirmó en una carta dirigida al virrey, en la que desacreditaba e infravaloraba la obra de Longinos, que se enteró del acontecimiento por la *Gaceta de México*, lo cual da idea del gran distanciamiento existente entre los dos naturalistas. Arremetió contra él recriminando su conducta por haberse dedicado, sin su consentimiento, a una actividad al margen de su principal obligación, además de haber utilizado para el Gabinete muchos de los ejemplares destinados al Gabinete madrileño.⁹ Esta misma opinión manifestó Casimiro Gómez Ortega, quien estaba al tanto de los sucesos por su condición de coordinador de los proyectos naturalistas ultramarinos, alegando acerca de este acontecimiento que no estaba contemplado en los objetivos de la Expedición Botánica y que se efectuó sin su consentimiento y fuera del marco institucional del Ministerio de Gracia y Justicia de Indias.¹⁰

Longinos puso gran empeño en la formación del gabinete, pues consideraba que éste era esencial para las tareas que tenía asignadas como naturalista y en este sentido se propuso incrementarlo con todo tipo de ejemplares que recogería en sus excursiones científicas, además de mandar al de Madrid los más exquisitos y valiosos. Durante su estancia en México a lo largo del año de 1790, se dedicó a este cometido trabajando con los medios y los ejemplares que poseía hasta el momento, sin dejar de realizar actividades complementarias en el campo de la historia natural emitiendo informes y memorias científicas, pero siempre teniendo como prioridad la consolidación del Museo.

⁸ *Gazeta de México*, 27 de abril de 1790, AGN, *Historia* 527.

⁹ Carta de Sessé a Revillagigedo, México, 1 de mayo de 1790, AGN, *Historia* 527.

¹⁰ Carta de Casimiro Gómez Ortega al ministro Porlier, Madrid, 19 de diciembre de 1790, Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid (en adelante, MNCN), *Flora Mexicana*, leg. 1, carp. 5.

Su opinión era valorada por las personas más capacitadas y sensibles del mundo científico y cultural novohispano y se recurría a él para que dictaminara sobre determinados aspectos relacionados con sus especialidades científicas. El virrey le pidió un informe sobre el reconocimiento de dos fósiles, procedentes de Sonora, que había enviado a la capital virreinal Diego de Bárcena Ponce de León, lo que ejecutó detalladamente, pero sin dejar de insinuar que estas piezas eran dignas de depositarse en el Gabinete de Historia Natural pues éste era el mejor destino de unas piezas que no poseían mayor valor utilitario que su mera contemplación. Una de ellas resaltaba por su dureza y transparencia; la segunda, bien labrada, pudiera resultar apreciada como piedra preciosa o simplemente ornamental.

Las muestras, comentaba el naturalista, eran “dos pedazos del Estipes ó astil de palma”, especies de “*phytolitus* o petrificación de vegetales”, cuyo nombre por su proceso de formación era el de “*Litroxilon silicinum*”. En este informe comenta una curiosa teoría sobre el proceso de la fosilización, tema que debió de interesarle especialmente pues se extendió ampliamente sobre el asunto. Decía al respecto:

Los animales y vegetales se petrifican absorbiendo sucesivamente las partículas petrosas a medida que ellos se descomponen: los cuerpos animales comúnmente atraen por la homogeneidad el vehículo petroso calcáreo y queda hecha una piedra calcárea que hace efervescencia con los ácidos; en los vegetales suele ser diverso dicho vehículo ya por la disposición de sus vasos y mecanismo de ellos, o ya por las sales que en sí tienen, y así por lo común se ve en estos que la sustancia petrosa es silicosa, de la que resulta una piedra dura vitrificable que no hace efervescencia con los ácidos.

En relación con esta curiosa teoría y a propósito de otras muestras fósiles que formaban parte del Gabinete, entre las que se encontraban más de seis osamentas de elefantes, se refería a ellas en los siguientes términos: “tengo ya colectadas muchas otras más de elefantes petrificados de distintos y remotos parajes de este reino, de los cuales no dan razón ninguno de los historiadores que han escrito de este continente, ni remotamente hay quien dé noticia de cuándo ni cómo han venido a este reino los elefantes, no quedándome duda de que dichas osamentas son de un elefante y no de gigante como han querido y afirman cuantos han hecho mención de ellos”; esto le dio pie para afirmar que este hallazgo apoyaba la teoría de que los primeros pobladores del continente americano procedían de Asia, los cuales llegarían a estas latitudes acompañados por estos animales; con este razonamiento además

desechaba las aún persistentes ideas antropológicas acerca de la existencia de los gigantes en el continente americano.¹¹

De sus exploraciones posteriores y de los encargos que hizo a colaboradores suyos en muchas partes del virreinato reunió gran cantidad de piezas, lo que debió de enriquecer notablemente el Gabinete, de forma que a mediados de 1794 el establecimiento se valoraba en 10 000 ó 12 000 pesos. No obstante, el futuro incierto que el naturalista vislumbraba para el establecimiento científico le hizo dirigirse al rey solicitando su protección y los honores y concesiones propias de un centro tan importante y le rogaba que por su mediación se proporcionasen los auxilios precisos para dirigirle y poder llegar al máximo de su perfección.¹²

La fama del Gabinete se extendió entre los curiosos y los científicos, tanto americanos como europeos, y en este sentido fue visitado por muchos de ellos. Antonio Pineda, jefe de la comisión de historia natural de la expedición de Alejandro Malaspina, que en 1791 recaló en el virreinato de Nueva España, junto al botánico Luis Née, el pintor José Guio, el escribiente Julián del Villar y otra parte de la misma expedición, en la que también estaba el hermano de Antonio, Arcadio Pineda, visitaron el Gabinete y éste último, en su diario, comentaba lo observado, diciendo que pese a que en él no había grandes colecciones, sobre todo de aves y mamíferos, porque aún se estaba formando, sorprendía su metódica colocación y su primorosa habilidad; estaba muy bien provisto de insectos y disponía de figuras anatómicas hechas en cera por el propio Longinos.¹³

El destino del Gabinete con el trascurso de los años fue quedar relegado a un simple cúmulo de ejemplares amontonados, sin el lucimiento que el naturalista tenía proyectado; al parecer, Longinos trató de trasladar el Gabinete de su ubicación inicial al Palacio de Chapultepec, aprovechando las gestiones que Cervantes realizó sobre el traslado del Jardín Botánico a este mismo lugar, lo que debió de quedar simplemente en una propuesta pues sabemos que el destino final del Jardín nunca se estableció en ese lugar y por el contrario se

¹¹ Carta de Diego de Bárcena Ponce de León e Informe de Longinos al virrey Revillagigedo, México, 13 y 29 de octubre de 1790, AGN, *Historia* 461.

¹² Carta de Longinos al Rey. México, 20 de mayo de 1794, AGN, *Historia* 464.

¹³ Diario de Arcadio Pineda. [México, 9 de junio de 1791], Archivo del Museo Naval de Madrid (en adelante, MN), Ms. 562, p.151 y 152. Acerca de uno de los territorios coloniales españoles visitados por la Expedición de Alejandro Malaspina, el del virreinato de Nueva España, véase: González Claverán, Virginia, *La Expedición científica de Malaspina en Nueva España. 1789-1794*. México, 1988.

decidió ubicarlo en uno de los patios del palacio virreinal, en pleno centro de la ciudad.¹⁴

La exploración de California

A finales de 1790, aún no se habían resuelto las disputas entre el director de la expedición y el naturalista de ella, ya que los trámites burocráticos que este tipo de problemas generaban en la administración colonial retrasaban la determinación final que sobre esos sucesos había de tomar el virrey. Esta no llegó hasta el 8 de enero del siguiente año, a través del decreto que Revillagigedo emitió, en el que se estableció que Longinos realizase sus viajes y observaciones separado de la misma expedición mientras el rey resolviese lo más conveniente.¹⁵

El interés de Longinos por explorar las costas del Pacífico desde San Blas hasta las latitudes más septentrionales del virreinato, determinó una de las exploraciones prioritarias de las que pensaba obtener grandes resultados científicos, y así lo expuso repetidas veces, desde mediados de 1790, a los responsables de la política científica de la colonia. En mayo de ese año indicó al virrey su intención de recorrer las costas de Colima cuando pasara la estación de las lluvias, para visitar entre otras zonas los reales de minas, sobre todo el Placer de San Telmo, dado que conocía la existencia en este lugar de un “árbol de coral”, valiosa pieza para enriquecer su Gabinete. Más adelante insistió sobre lo mismo y desde el momento en que conoció la decisión del virrey autorizándole a viajar solo, solicitó que se le agregase al “comodín” Senseve, quien le serviría de ayuda en la disección de animales, y se les concedieran los pasaportes y órdenes pertinentes, así como una o dos tiendas de campaña.¹⁶

Todo esto se resolvió sin contrariedades y el naturalista y su acompañante finalmente estaban listos para partir el día 18 de enero anunciando su salida la siguiente semana, no sin antes demandar del virrey una nueva petición. Pretendía que el pintor Atanasio Echeverría se incorporara a su comisión en la laguna de Chapala, por ser el más diestro dibujante de animales, y que éste llevara consigo los libros, dibu-

¹⁴ Oficio de Lorenzo Hernández de Alva al virrey Branciforte, México, 7 de enero de 1798, AGN, *Historia* 463.

¹⁵ Comunicación del virrey a Sessé, México, 12 de enero de 1791. AGN, *Historia* 527, exp. 14.

¹⁶ Cartas de Longinos a Revillagigedo, México, 23 de mayo, 15 de noviembre de 1790 y 10 de enero de 1791, AGN, *Historia* 527, exp. 14 y 15.

jos y todos los utensilios pertenecientes a su ramo, que el grueso del grupo expedicionario llevaba en su exploración durante su tercera campaña.¹⁷ Consciente el director de la Expedición de estas demandas del naturalista, desde Zapotlán, donde se encontraba en esa fecha, se opuso a ellas enérgicamente. Aceptó la autorización de Revillagigedo para que su subordinado viajara separado del resto de la Expedición, pero haciendo énfasis en la necesidad del control de su trabajo, para lo cual exigió que éste le remitiera mensualmente sus resultados, con los dibujos y demás observaciones científicas para su supervisión o en último caso que las remitiera cada cuatro o seis meses a la Corte, donde serían valoradas y estudiadas por especialistas.

Esta desconfianza tuvo su razón de ser en que pensaba que el naturalista actuaría arbitraria y caprichosamente en sus investigaciones, sin someterse a las normas e instrucciones para las que fue creada la Expedición. Además, argumentaba que Longinos estaba imposibilitado para interpretar y estudiar la obra del doctor Hernández, que estaba escrita en latín, idioma que según él desconocía. Igualmente le consideraba incapaz de escribir en esa lengua y en cualquier otra, porque desconocía los autores más relevantes de la historia natural; argumentaba también que le faltaba estilo literario y que poseía una incorrecta ortografía.

Estas carencias, decía Sessé, las encubría valiéndose de otras personas, como había ocurrido hasta el momento en México con su compañero Mariano Aznares, que al parecer era su aliado más fuerte porque se encontraba resentido contra él por no haberle incorporado inicialmente a la Expedición Botánica, en lugar de Senseve como había pretendido, y quien había ayudado al naturalista en sus tareas del Gabinete, fomentado la insubordinación de éste contra él.

Aunque Sessé consideraba imprescindible la agregación de alguno de los botánicos y uno de los dos dibujantes de la Expedición, para que el trabajo de Longinos fuera fructífero, no permitió la separación de ninguno de éstos, por la inmensa cantidad de trabajo acumulado que existía hasta el momento y el que se estaba acumulando en la campaña presente. Le negó la agregación de Echeverría, pero en cambio recomendó la posible incorporación de algún dibujante de la Academia de San Carlos de México, corriendo él mismo con los gastos. También se negó a proporcionarle los libros, dibujos e instrumentos solicitados, pues respecto a los primeros decía que él tenía la

¹⁷ Cartas de Longinos a Revillagigedo, México, 17 y 18 de enero de 1791. AGN, *Historia* 461 y 462.

mayor parte de los de zoología, además de los de la biblioteca del Gabinete creado por él.¹⁸

En relación con sus demandas de materiales de trabajo, Longinos acusó al director de despilfarrar el dinero de la Expedición, de dificultar su trabajo, al entrometerse en materias que no le correspondían por carecer de conocimientos suficientes, y hasta de haber llegado al extremo de haberle sustraído un surtido considerable de “ojos” que había traído procedentes de España para el montaje de las piezas zoológicas, más otros instrumentos, así como la única obra sobre testáceos (Conchiología), que tanta falta le hacía para la determinación de esta clase de moluscos para su Gabinete.¹⁹

Superados estos inconvenientes, finalmente Longinos y Senseve emprendieron su viaje el 20 de enero de 1791, saliendo de la ciudad de México para explorar la Alta y Baja California, a través de Querétaro, la villa de León y Guadalajara, donde se encontraban en marzo de ese año, en un recorrido similar al de sus compañeros pero, sorprendentemente, sin encontrarse. Los problemas de avituallamiento y cobro de salarios entorpecieron sus actividades, aunque Longinos resolvió estas dificultades valiéndose de la ayuda de sus amigos. Por su parte, Senseve daba muestras de disconformidad por no cobrar su salario, a pesar de la ayuda económica que su compañero le pensaba proporcionar, y amenazó con abandonar su misión y regresar a la capital mexicana.

Sin embargo debió pensar detenidamente esta decisión y prosiguió su camino junto a Longinos, dirigiéndose hacia Tepic, localidad en la que permanecieron por espacio de varios meses, llegando finalmente a San Blas en julio de ese año.²⁰ En esta última población Longinos se dirigió al ministro Antonio Porlier para ponerle al día de sus actividades, comunicándole que en los tres meses que llevaba en estas costas había reunido más productos naturales que en los tres años anteriores, en clara alusión a la ineptitud de Sessé en la dirección de las tareas que le encomendó. Le remitió dos cajones con 64 aves y un cajoncito con 12 pájaros más para obsequio de la reina.

Sus planes para el futuro consistían en embarcarse rápidamente para Loreto y recorrer la península de California, donde pensaba permanecer algún tiempo para reconocer sus minas y costas hasta donde

¹⁸ Informe de Sessé a Revillagigedo, Zapotlán, 13 de febrero de 1791, MN, Ms.562, p. 329-334.

¹⁹ Carta de Sessé a Revillagigedo, Apatzingán, 20 de octubre de 1790, Carta de Longinos a Revillagigedo, México, 18 de enero de 1791, AGN, *Historia* 461.

²⁰ Carta de Longinos a Revillagigedo, Presidio de Loreto, 30 de marzo de 1791, AGN, *Historia* 462. Copia de los certificados de los Ministros de Reales Cajas y Administradores de la Renta de Tabacos, Real Presidio de Loreto, 31 de marzo de 1792, AGN, *Historia* 462.

le fuera posible, debido a la actitud hostil que mostraban en esa zona los indios “mecos”, para después atravesar el golfo y regresar a las costas de Sonora y Sinaloa y de aquí a la ciudad de México.²¹

El interés del naturalista por explorar las regiones del norte mexicano, la llamada frontera de guerra, donde indios de extrema belicosidad atacaban los asentamientos urbanos y las misiones, constituyó una buena razón para que su proyectado viaje gozara del beneplácito de las autoridades políticas, pues así se aumentarían los conocimientos tanto de sus recursos naturales como los geográficos y poblacionales. Además, con los datos e investigaciones aportadas por el viaje era previsible consolidar aún más la múltiple frontera norte que ya se había reestructurado durante la década de los setenta. En 1776 se vinculó este territorio con Sonora y Arizona al haberse creado en ese año la Comandancia de las Provincias Internas de la Nueva España y la fundación de San Francisco de California.²²

El recorrido de los dos naturalistas se realizó por rutas de tierra y mar, desde el sur del valle y bahía de Banderas (actualmente Puerto Vallarta) hacia el norte, estableciendo su base de operaciones en Loreto, desde donde se desplazó a muchos lugares y emprendió un gran número de cortas travesías por la Antigua y Nueva California. Recorrieron toda la península de la Baja California, desde el cabo San Lucas, en la punta sur, pasando por San José del Cabo, donde Longinos descubrió y reconoció ricos depósitos de oro y plata,²³ recolectó numerosas

²¹ Carta de Longinos a Porlier, San Blas, 7 de julio de 1791, MNCN, *Flora Mexicana*, leg.1, carp.6 De este largo viaje se conoce su trayectoria y actividades por el diario que el naturalista confeccionó y cuyo manuscrito encontrado en México permanece en la actualidad en The Huntington Library de San Marino (California), del que el investigador norteamericano Lesley Byrd Simpson realizó dos ediciones: Simpson, Lesley Bird, *California in 1792: The expedition of José Longinos Martínez*, San Marino, California, 1938. Una segunda edición del diario fue realizada por el mismo Simpson en 1961 y publicada por John Howell- Books, en la Santa Barbara Historical Society de San Francisco, California, con el título, *Journal of José Longinos Martínez. Notes and Observations of the Naturalist of the Botanical Expedition in Old and New California and the South Coast, 1791-1792*. Por otro lado es de resaltar que este manuscrito es el único documento que como tal, diario, según sabemos y si exceptuamos el que hizo Mociño de la isla de Nutka, fue redactado por algún miembro de la Expedición Botánica, o al menos el único que se ha localizado en los distintos archivos y bibliotecas consultadas.

²² Sobre las reformas políticas y administrativas del territorio novohispano en el último tercio del siglo XVIII y las transformaciones proyectadas en el virreinato pueden consultarse: Arcila Fariás, Eduardo, *Reformas económicas del siglo XVIII en Nueva España*, México, 1974; Lerner, Victoria, “Consideraciones sobre la población de la Nueva España (1793-1810)”, *Historia Mexicana*, v. 17, 1968; y Rees Jones, Ricardo, *El Despotismo Ilustrado y los intendentes de la Nueva España*, México, 1979

²³ En el Archivo del Jardín Botánico de Madrid existe un documento que hace referencia a estos metales preciosos que podría muy bien ser de los reconocimientos que Longinos realizó en esta parte de Nueva España. El documento trata sobre una nómina de remisión de oro, plata y piedras vitrificables, Real Jardín Botánico de Madrid (en adelante, RJB), V,1,4,26.

plantas en la isla del Carmen, en la que también halló ágatas muy curiosas, envió indios en balsas o canoas como comisionados a las islas de Lobos, de San Buenaventura y de San Gabriel para que le trajesen las producciones naturales que encontrasen. Prosiguió su itinerario hacia el norte de la península, bordeando las costas de la Alta California con rumbo a San Diego, llegando en su recorrido hasta Monterrey y San Francisco donde se encontraban a finales de 1792.²⁴

En estas latitudes Longinos proporcionó numerosos datos geográficos y económicos, como pone de manifiesto la lista encabezada así: "Nombre de misiones, poblaciones, rancherías de gentiles, ranchos, y parajes con agua y sin ella que se encuentran en el camino recto, y expediciones de travesía que ha hecho en la Antigua y Nueva California el naturalista don José Longinos con las leguas de distancia que hay de una parte a otra".

De estas costas parecen ser los peces que aparecen en una lista con 23 ejemplares disecados y denominados por el zoólogo de la Expedición, en la que se indican sus nombres científicos, los vulgares en algunos casos, y resalta las nueve especies nuevas, de las cuales tres reciben la nominación específica de California, "*Zeus Californicus*", "*Polinemus Californicus*" y "*Perca Californica*". También son de la misma procedencia las dos especies de peces que describió detalladamente y determinó como "*Uranocopus Californicus*" y "*Ciprinus californicus*".

Realizó algunos interesantes descubrimientos de los que informó al virrey durante su viaje de regreso desde las proximidades de San Blas a finales de 1793. Uno de los que merece comentarse fue el hallazgo que hizo de un yacimiento de brea (petróleo), del que realizó los ensayos y análisis pertinentes para conocer su naturaleza y ver los resultados que proporcionaba en comparación con la que se utilizaba en los arsenales de la armada. Pensaba en la posibilidad de establecer en Los Ángeles un depósito de este mineral para abastecer al puerto de San Blas mientras durara la guerra con los franceses que había estallado en este año. Según la opinión de L. B. Simpson, que creemos un tanto exagerada, se podría considerar este trabajo del naturalista riojano como el origen de la industria petrolífera en California.

También propuso al virrey, en esas mismas fechas, un nuevo proyecto de exploración de las costas del Pacífico, desde San Blas hasta el Perú, persuadido por la gran riqueza de todo tipo de productos naturales y los numerosos descubrimientos que se podían realizar, todo ello sin mayores gastos que los que se hacen en las excursiones en tierra.

²⁴ Carta de Longinos a Revillagigedo, Presidio de Loreto, 30 de marzo de 1792, AGN, *Historia* 462.

De estas propuestas se desprenden las pocas o ninguna gana que el naturalista tenía de regresar a la ciudad de México. La respuesta del virrey fue de agradecimiento, pero no apoyó tales propuestas y le ordenó que regresara para incorporarse al resto de la Expedición.²⁵

En noviembre de 1792 se encontraban en San Blas de nuevo, pues habían arribado a ese puerto en la fragata *Concepción*, procedentes de Monterrey, pasando a continuación por Sinaloa, el real del Rosario, Guadalajara y Tepic. De nuevo las reivindicaciones salariales por parte de Senseve, en cuanto a la paga doble que le correspondía en sus viajes, y aproximadamente a los dos años de duras peregrinaciones por estas regiones del noroeste novohispano, hicieron que este naturalista tomase la decisión de emprender en solitario su regreso el 20 de febrero de 1793, para resolver estos asuntos económicos en la capital virreinal, donde llegó el 21 de marzo de 1793, pero con la intención de volver con su compañero para continuar en su comisión.²⁶ Longinos, por su parte, continuó (acompañado de una india "meca") sus exploraciones por los territorios del oeste mexicano de la costa del Pacífico próximos a Nayarit, donde se detuvo a lo largo de un año, ejerciendo también en la ciudad de Tepic como cirujano.

Previamente a estos hechos, el 22 de marzo de 1791, el rey ordenó que el naturalista se incorporara al grupo expedicionario encabezado por su director, pero o no recibió la comunicación antes o hizo caso omiso de ella, porque no es sino hasta el mes de junio de 1793 cuando dice al virrey haber recibido su orden y poder satisfacer la decisión real. Desde la hacienda de San José, entre la costa de San Blas y Acajoneta, escribió una carta al virrey aceptando esta decisión, pero no sin lamentarse de que se hubiera producido por los informes que Sessé mandó a la Corte, en los que de forma engañosa y de mala fe vertía opiniones en su contra, tratando de deshacerse de él, hasta el punto de que en uno de estos informes había recomendado su regreso a la Península.

Longinos se encontraba en esos momentos con ciertas dificultades que le impedían cumplir la acuciante orden para que regresase con rapidez a la capital. Los inconvenientes estribaban en la gran distancia

²⁵ "Nombre de Misiones, Rancherías, Poblaciones...", R.J.B., V, 1, 3, 19. "Peces disecados, y denominados por el Naturalista de la Expedición D. José Longinos Martnz." [1791], MNCN, *Flora Mexicana*, leg. 1, carp. 6. Carta de Longinos a Revillagigedo, Compostela, 6 de noviembre de 1793 y respuesta de Revillagigedo, México, 7 de diciembre de 1793. AGN, *Historia* 460. Simpson, L. B., "The story of Jose Longinos Martinez, California's first naturalist". *The Hispanic American Historical Review*, t. XX, Durham, (North Carolina), 1940, p. 643-649.

²⁶ Nota sobre Longinos Martínez, San Blas, 22 de noviembre de 1792, AGN, *Historia* 69, Carta de Senseve a [Revillagigedo], México, 23 de marzo de 1793. AGN, *Historia* 462.

que le separaba del lugar donde se encontraba el director, distante 400 leguas y el estar en la estación de las lluvias que aumentaba los problemas para transitar, con tan duras condiciones, por los difíciles caminos de su recorrido. Debía atravesar los crecidos ríos, que imposibilitaban el transporte de cerca de treinta cargas de productos naturales y demás utensilios que llevaba consigo. Además se frustraría su importante proyecto de reconocimiento de los reales de minas, que tenía previsto realizar, por ser la mineralogía una de las actividades más importantes de su investigación.

Ante estos inconvenientes no dudó en solicitar al virrey un retraso en su incorporación y así evitar estos inconvenientes. Resaltaba que su trabajo en compañía del director no sería demasiado rentable, aduciendo en este caso la muy desfavorable climatología que invalidaría su trabajo.²⁷ Lo cierto fue que Longinos permaneció en las cercanías de Tepic hasta finales de 1793, llegando a Guadalajara en los últimos días de diciembre, pasando por Querétaro para, finalmente, llegar a la ciudad de México el 20 de febrero de 1794.

El resultado de más de tres años de exploraciones y actividades naturalistas fue el haber recorrido 2000 leguas, embarcándose cinco veces por el golfo de California, realizando numerosos estudios y recolecciones de materiales zoológicos, botánicos y mineralógicos. Entre catálogos, diarios y descripciones reunió cinco tomos que entregó a la vuelta a Revillagigedo, más otros seis de descripciones, que tenía que organizar en la capital virreinal.²⁸

No sólo ejerció funciones de zoólogo, mineralogista y botánico durante su estancia en Nueva España y América Central, sino que también practicó la medicina y la asistencia de enfermos necesitados cuando las circunstancias lo requerían. Su formación en el Jardín Botánico de Madrid, en momentos de gran auge intelectual por las ricas controversias existentes en torno a los sistemas clasificatorios, tanto prelineanos como linneanos, le permitieron decantarse por el método y la sistemática del eminente naturalista sueco. Sus aportaciones científicas se tradujeron en multitud de colectas naturales, fundamentalmente de aves y peces, y cuyas descripciones taxonómicas y su trascendencia para la ciencia están aún pendientes de estudio y valoración. Sin embargo, la actividad institucional que desarrolló a lo largo de su vida quizás sea la característica más relevante del natura-

²⁷ Carta de Longinos a Revillagigedo, Hacienda de San José, 12 de junio de 1793, AGN, *Historia* 463.

²⁸ Representación de Longinos a Revillagigedo, fechada en México el 27 de junio de 1794, AGN, *Historia* 527.

lista ya que tuvo una enorme influencia en el estudio de las ciencias naturales en el virreinato al crear los primeros Gabinetes de Historia Natural, tanto de México como de Guatemala,²⁹ que fueron objeto de admiración por los intelectuales y el público de la época.

Artículo recibido el 3 de noviembre de 1999 y aprobado el 17 de enero del 2000.

²⁹ Sobre la creación de este museo en la capital de Guatemala, primero de América Central y la cooperación que se estableció entre la Sociedad Económica de Amigos del País y el Real Consulado de Comercio de Guatemala con el naturalista, puede consultarse la obra: Maldonado Polo, J. Luis, *De California a El Petén. El naturalista riojano José Longinos Martínez en Nueva España*, Logroño, 1997, p. 100-125.